

Agosto 2022

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN Nº 14

EVANGELIO, PAN DE VIDA
«Y se transfiguró...»

POSTRADO A TUS PIES
Oración de arrepentimiento y confianza

ALMAS EUCARÍSTICAS
M. M^ª Inés del Santísimo Sacramento

“La Eucaristía es la forma suprema de entrega de Dios a nosotros en Cristo”. (P. Rodrigo Molina)



SUMARIO

- **P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA**
La Eucaristía, signo de Solidaridad..... 3

- **POSTRADO A TUS PIES**
Oración de arrepentimiento y confianza.... 4

- **DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR**
El examen de conciencia..... 5

- **EVANGELIO, PAN DE VIDA**
“Y se transfiguró...” 6

- **REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO**
Cuánto merece ser amado..... 8

- **MARÍA Y LA EUCARISTÍA**
La Maternidad Divina de María y la
Eucaristía..... 10

- **ALMAS EUCARÍSTICAS**
Beata M^a Inés del Santísimo Sacramento 12

- **MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS**
El milagro de Faverney 14

La Eucaristía, SIGNO DE SOLIDARIDAD



El amor a Jesús en la Eucaristía nos debe llevar al amor y entrega a nuestros hermanos más necesitados. Así lo enseñó nuestro queridísimo P. Molina con su ejemplo, con su predicación y con sus escritos cuando afirmaba que «es imposible comulgar y no estar disponible para salir de lo tuyo e ir al que te necesita».

«Solidaridad: Tú y Dios, uno. Eso es la Eucaristía. Solidaridad, comunidad de mesa. Yo pongo en mi mesa a aquellos con los que confraternizo y quiero hacer unión. Y parto mi pan con aquellos que forman una cosa conmigo. En la Eucaristía, vive Dios a través de los siglos entre nosotros su dogma fundamental: comunicarse. Es propiedad sustancial de Dios el comunicarse. ¿Te comunicas tú o reservas tu dinero, tu juventud, tu talento

y no lo vas a dar donde más puedes servir?»

En la Eucaristía, se me da Jesús en forma de pan y vino que son totalmente asimilables. ¡Qué perfecto sacramento es la Eucaristía! Dios quiere que lo asimile, ¿y qué más digerible que el pan? ¿Qué más asequible que el pan? Así es Dios: cercano, asequible, asimilable. ¡Qué misterio!, ¿verdad? Y los Sagrarios, desiertos. ¿Dices que amas a Dios? ¿Cuántas veces lo visitas en el Sagrario? ¿Ves? Señal clara de que no lo amas, de que no sabes lo que es la Eucaristía.

Dar Cristo su vida en la Eucaristía es poner su vida a mi servicio. La Eucaristía es el final de la carrera gigante de Dios. El primer paso: el Verbo hecho carne; y el segundo paso: la carne del Verbo hecha pan. ¿Qué

más quieres? ¡Qué diferentes somos, Jesús, qué tremendamente diferentes somos! ¡Cuándo te vas a hacer Eucaristía!

¿Qué humilde es Dios! Contempla el Gólgota. ¿Qué es el Gólgota? Es el terrible camino recorrido por Dios para amarte, para venir hasta donde estás tú.

¿Cuándo vas a aprender a salir de tu confort para ir a donde está tu hermano necesitado?

¿Ves la hipocresía con que recibes la Eucaristía? Es imposible comulgar y no estar disponible para salir de lo tuyo e ir al que te necesita. Eso es la Eucaristía. Apensar. Si Cristo ha hecho esto por ti, ¿qué no debes hacer tú por Él en el hermano necesitado? Dime, ¿vas a ser tacaño?»

Oración de arrepentimiento y confianza

PARA RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN



«**S**eñor, me acerco a tu altar lleno de temor por mis pecados, pero también lleno de confianza porque estoy seguro de tu misericordia. Tengo conciencia de que mis pecados son muchos. Por eso, vengo a refugiarme en Ti, que has dado la vida por salvarme, antes de que llegues como Juez a pedirme cuentas.

Mira a este pobre pecador, creado y redimido por Ti. Me arrepiento de mis pecados y propongo corregir sus consecuencias. Purifícame de todas mis maldades para que pueda recibir menos indignamente tu Sagrada Comunión. Que tu Cuerpo y tu Sangre me ayuden, Señor, a obtener de Ti el perdón de mis pecados y la satisfacción de mis culpas; me libren de mis malos pensamientos, renueven en mí los sentimientos santos, me impulsen a cumplir tu voluntad y me protejan en todo peligro de alma y cuerpo. Amén». (San Ambrosio)

Disposiciones para confesarnos bien (I)

EXAMEN DE CONCIENCIA

La Comunión frecuente es la principal arma que tenemos para santificarnos y para estar más cerca de Dios. Es fuente de aumento de la gracia santificante y de todas las demás gracias y virtudes. Es alimento que nos da fortaleza para la vida diaria con sus múltiples y variados combates. Es prenda de vida eterna y de la gloria futura.

Las condiciones para recibir dignamente la Sagrada Comunión son: Primero, estar en gracia de Dios (para lo cual hay que confesarse previamente si uno tiene conciencia de pecado grave). Segundo, guardar el ayuno eucarístico (una hora antes de comulgar, no comer ni beber nada, salvo agua o medicinas). Y tercero, saber a quién recibimos (a Jesucristo con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad).

Ambos sacramentos, la Penitencia y la Eucaristía, están muy unidos. La confesión frecuente es otro de los regalos que Dios nos ha dejado. Nos perdona los pecados mortales y nos devuelve la gracia santificante; nos aumenta las demás gracias, en caso de confesar pecados veniales. Se borran nuestros pecados y nos ayuda a tener más fortaleza contra las tentaciones. Además, quien se confiesa con frecuencia, puede comulgar con frecuencia.

Para confesarnos bien son necesarias cinco cosas: hacer un buen examen de conciencia. Dolor de los pecados. Propósito de enmienda. Decir to-

dos los pecados al confesor. Y cumplir la penitencia.

De la mano del P. Antonio Royo Marín, repasaremos brevemente la primera de estas cosas: examen de conciencia.

«Hacer un buen examen de conciencia es hacerlo con la máxima sinceridad y humildad, con el ánimo sereno e imparcial, sin excusar nuestras faltas ni empeñarse escrupulosamente en ver pecados en donde no los hay.»

El tiempo que hay que dedicarle es muy variado, según la frecuencia de las confesiones, la índole del alma y el grado de perfección en que se encuentra.

Un medio excelente de simplificar este trabajo es hacer todos los días el examen de conciencia, anotando lo que haya de someterse al tribunal de la penitencia. Haciéndolo así, bastan unos momentos

para hacer el resumen mental antes de acercarse al confesor. Este procedimiento tiene, además, la ventaja de descargar la memoria durante la semana y suprimir la inquietud que el olvido de algo que no recordamos nos podría acarrear.

Pero téngase especial cuidado en no perderse en una multitud de detalles nimios. Más que el número exacto de las distracciones en la oración, interesa averiguar cuál es la causa de haber estado tan distraído. Son las torcidas disposiciones del alma las que urge enderezar; y esto se consigue mucho mejor atacando directamente sus causas que averiguando el número exacto de las manifestaciones exteriores de aquel fallo. Esto se entiende, naturalmente, de las faltas veniales; porque, tratándose de pecados graves, habría que precisar su número con toda exactitud o con la máxima aproximación posible y las circunstancias que pueden afectar a su gravedad.»





“Y se transfiguró...”
(Mc 17,2)

El 6 de agosto celebramos la Transfiguración del Señor. Jesús da a tres de sus discípulos un anticipo de la gloria de la Resurrección. Este anticipo tenía por objetivo afianzarlos en la fe, ya que serían los mismos discípulos que contemplarían su agonía en Getsemaní.

San Manuel González, el Obispo de los Sagrarios abandonados, nos hace reflexionar en esta fiesta y nos enseña que también los católicos estamos llamados a ser transfigurados. Pero, en nosotros, quien obra ese prodigio es el mismo Corazón de Jesús palpitante en el Sagrario. Y lo hace mediante aquellos mismos medios de los que Él se sirvió para transfigurar su propia existencia terrena: la pobreza, el dolor, la humildad y la gloria.

A todos nos gusta ser transfigurados por la gloria, pero, a semejanza de Jesús, para ser transfigurados en gloria debemos probar primero las otras tres transfiguraciones. Aunque no nos desanimemos. Jesús está con nosotros y para nosotros. En la Eucaristía, Él es nuestro modelo, nuestra fuerza y nuestra paz.

Meditemos con el santo Obispo en el pasaje de la transfiguración del Señor:

«He meditado el misterio de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo delante del Sagrario, y ante mi alma han desfilado sus cuatro transfiguraciones. Os las voy a expresar, deseoso de que aprendáis a decir más oportunamente que San Pedro: “¡Qué bien se está aquí, Señor!”.

La transfiguración de la pobreza

Es la primera que observo en Jesucristo Hombre. ¿Quién adivinará al Jesucristo Verbo y Sabiduría de Dios, Majestad y grandeza infinita, en el Niñito desnudo de Belén, abrigado con las pajas que no han querido comer las bestias y acostado en un pesebre abandonado?

¿Quién acierta a descubrir grandezas de Rey y magnificencias de Dios en aquellas escaseces de la media noche de Belén?

Es que la pobreza, llevada a un rigor cual nadie la había probado, está transfigurando a Jesús.

La transfiguración del dolor

Y en la calle de la Amargura y en el Calvario a las tres de la tarde del viernes, ¿quién se atreverá a asegurar que aquella llaga viva desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, aquel “gusano y no hombre”, era el Hijo bello de la hermosa Nazarena y el más hermoso de los hijos de los hombres?

Es que el dolor, concentrado en una acerbidad inaudita, está transfigurando a Jesús.

La transfiguración de la humildad

En Belén, aun a través de los pañales y las pajas de la pobreza, se veían unos

ojos de cielo y se besaban unas manos tiernas y blancas... En el Calvario, por entre los labios cárdenos y la lengua seca por la calentura, se escapaba un aliento, debajo del pecho lastimado y desgarrado se sentía palpitante un Corazón.

En la sagrada Eucaristía ni se ven ojos, ni se besan manos, ni se perciben alienos ni palpitaciones...

El Hermoso no se ve..., la Palabra de Dios no se oye, el Poder de Dios no se mueve, el Amor no suspira... y, sin embargo, el Hermoso, el Verbo, el Poder, el Amor, está allí, como estaba tiritando de frío en Belén, como estaba sediento de amores en la Cruz... Sí, sí, me lo dice mi fe, mi conciencia, hasta este mismo silencio del Sagrario me dice que está ahí Jesús transfigurado por la humildad.

Sí, solo una humildad infinita ha podido tener perpetuamente callada en la tierra la Palabra viva de Dios.

La transfiguración de la gloria

Es la que a todos nos gusta más meditar: Jesucristo, en lo alto de la montaña, resplandeciente el rostro como el sol y blancas, con blancura de nieve, las vestiduras... ¡Qué atrayente! ¡Qué claramente aparece Dios!

Y mirad lo que hacen los hombres con ese Jesucristo transfigurado. Cuando el

Evangelio va presentando las tres primeras transfiguraciones o desfiguraciones, ¡el silencio! es el único comentario que van poniendo los hombres; cuando describe la transfiguración de la Gloria, entonces sí, y con una prisa que contrasta con el silencio de antes, prorrumpan por boca de Pedro en este grito: ¡Aquí sí que se está bien, Señor, quedémosnos aquí para siempre...!

El Maestro no ha respondido nada a la invitación de Pedro. Cómo se calla delante de los que solo están a gusto con Él cuando les regala dulzuras.

El Maestro solo responde, y con respuestas de dulcedumbres inefables y de bendiciones de fortaleza y de esperanzas, a los que, transfigurados como Él en la tierra por la pobreza y el dolor, se van al Sagrario y con el mismo ardor y la misma prisa que San Pedro le dicen: ¡Bien se está así, Señor, déjame estar transfigurado todo el tiempo que Tú quieras!

Y allí se quedan, en espíritu por lo menos, repitiendo con los labios el “bien se está aquí” y saboreando con el alma la palabra de esperanza de San Pablo: “Nosotros esperamos a nuestro Salvador Jesucristo que reformará el cuerpo de nuestra ruindad transfigurándolo en el cuerpo de su claridad”.

¡Bendito, bendito el Sagrario de nuestras transfiguraciones!».

«Solo una humildad infinita ha podido tener perpetuamente callada en la tierra la Palabra viva de Dios». (San Manuel González)

CUÁNTO MERECE SER AMADO *Jesucristo*

POR EL AMOR QUE NOS MOSTRÓ EN LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Estamos tan acostumbrados al amor que Dios nos tiene, y a todos sus continuos beneficios, que casi pensamos que Él está obligado a hacernos el bien y pocas veces nos detenemos a pensar en cuánto merece Dios nuestro amor.

Esta es la invitación del santo italiano, doctor de la Iglesia, patrono de los abogados católicos, de los moralistas y de los confesores.



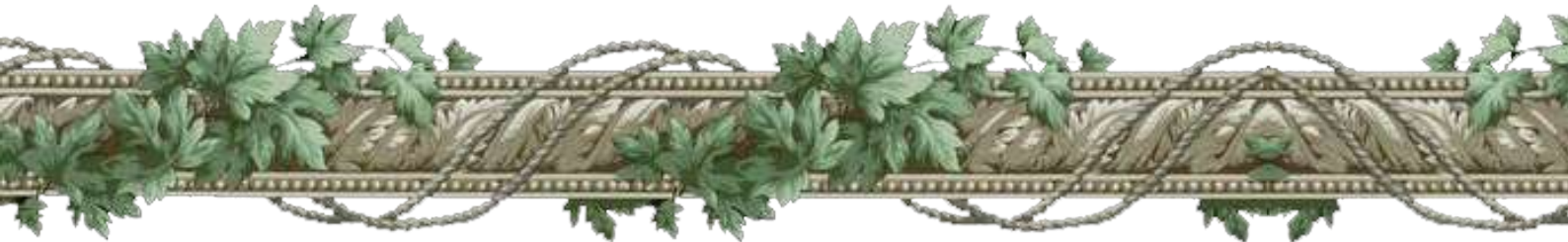
Del libro
“Práctica del
amor a
Jesucristo”
de San Alfonso
María
de Ligorio

«Sabido el Salvador que era llegada la hora de partir de esta tierra, antes de encaminarse a morir por nosotros, quiso dejarnos la prenda mayor que podía darnos de su amor, cual fue precisamente este don del Santísimo Sacramento.

Dice San Bernardino de Siena que las pruebas de amor que se dan en la muerte quedan más grabadas en la memoria y son las más apreciadas. De ahí que los amigos, al morir, acostumbren dejar a las personas queridas en vida un don cualquiera, un

vestido, un anillo, en prenda de su afecto. Pero vos, Jesús, mío, al partir de este mundo, ¿qué nos dejasteis en prenda de vuestro amor? No ya un vestido ni un anillo, sino que nos dejasteis vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra Alma, vuestra Divinidad y a Vos mismo, sin reservar nada. “Se te ha dado por entero—dice San Juan Crisóstomo—, no reservándose nada para sí”.

Según el Concilio de Trento, en este don de la Eucaristía quiso Jesucristo derramar sobre los hombres todas las riquezas del amor que tenía reservadas. Y nota el Apóstol que Jesús quiso hacer este regalo a los hombres en la misma noche en que éstos maquinaban su muerte. San Bernardino de Siena es de la opinión de que Jesucristo, “ardiendo de amor a nosotros y no contento con aprestarse a dar su vida por nuestra salvación, se vio como forzado por el ímpetu del amor a ejecutar antes de morir la obra más estupenda, cual era darnos en alimento su cuerpo”.



Por eso Santo Tomás llamaba a este sacramento, sacramento de caridad, prenda de caridad de amor, porque solo el amor fue el que impulsó a Jesucristo a darse a nosotros en él; y porque, si alguna vez dudáramos de su amor, halláremos de él una garantía. Como si hubiera dicho nuestro Redentor al dejarnos este don: ¡Oh almas!, si alguna vez dudáis de mi amor, he aquí que me entrego a vosotras en este sacramento; con tal prenda a vuestra disposición, ya no podréis tener duda de mi amor, y de mi amor extraordinario.

Más lejos va todavía San Bernardo al llamar a este sacramento amor de los amores, pues este don encierra todos los restantes dones que el Señor nos hizo –la creación, la redención, la predestinación a la gloria–, porque, como canta la Iglesia, la Eucaristía no solo es prenda del amor que Jesucristo nos tiene, sino también prenda del paraíso que quiere darnos. Por eso San Felipe Neri no acertaba a llamar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento sino con el nombre de Amor, y al cabo de su vida, cuando le llevaron el Viático, exclamó: “He aquí el Amor mío, dame a mi Amor”.

Lo que los hombres no podían pensar ni creer, lo pensó y ejecutó el grande amor de Jesucristo. “Tomad

y comed”, dijo a sus discípulos, y en ellos a todos nosotros; “tomad y comed”, dijo antes de salir a su Pasión. Pero, ¡oh Salvador del mundo!, y ¿cuál es el alimento que antes de morir nos queréis dar? “Tomad y comed –me respondéis–, este es mi cuerpo. No es este alimento terreno, sino que soy Yo mismo quien me doy todo a vosotros”.

Oh, ¡y qué ansias tiene Jesucristo de unirse a nuestra alma en la sagrada comunión!... Mas, ¿por qué desea tanto Jesucristo que vayamos a recibirle en la Sagrada Comunión? He aquí la razón. El amor, en expresión de San Dionisio, siempre aspira y tiende a la unión y, como dice Santo Tomás, “los amigos que se aman de corazón quisieran estar de tal modo unidos que no formaran más que uno solo”. Esto ha pasado con el inmenso amor de Dios a los hombres, que no esperó a darse por completo en el reino de los cielos, sino que aun en esta tierra se dejó poseer por los hombres con la más íntima posesión que se pueda imaginar, ocultándose bajo apariencias de pan en el Santísimo Sacramento.

Aun cuando nosotros no lo veamos, Él nos mira desde allí, y allí se halla realmente presente para permitir que le poseamos, si bien se oculta para que le deseemos. Y hasta que no lleguemos a la

patria celestial, Jesús quiere de este modo entregarse completamente a nosotros y vivir así unido con nosotros.

Hablando San Lorenzo Justiniano con Jesús, le dice: “¡Oh Dios!, enamorado de nuestras almas, por medio de este sacramento dispusiste que tu corazón y el nuestro fueran un solo corazón inseparablemente unido”.

Siendo esto así, habíamos de confesar que el alma no puede hacer ni pensar cosa más grata a Jesucristo como hospedar en su corazón, con las debidas disposiciones, a Huésped de tanta majestad, porque de esta manera se une a Jesucristo, que tal es el deseo de tan enamorado Señor. He dicho que hay que recibir a Jesús no con las disposiciones dignas, sino con las requeridas, porque, si fuese menester ser digno de este Sacramento, ¿quién jamás pudiera comulgar? Solo un Dios podría ser digno de recibir a un Dios.

Recordemos que las condiciones requeridas para comulgar debidamente son estar en gracia de Dios –previa confesión sacramental si hemos tenido un pecado mortal–, guardar el ayuno eucarístico y saber a quién vamos a recibir, es decir a Jesucristo con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad».

La Maternidad Divina de María

Y LA EUCARISTÍA

“

¡OH MI AMADO HIJO, HE AQUÍ A TODOS LOS HIJOS QUE ME HAS DADO DESDE LO ALTO DE LA CRUZ! ¡HE AQUÍ A TODOS LOS QUE YO ALIMENTO CON TU DULCE RECUERDO! ¡BENDÍCELOS, SEA DERRAMADA TU SANGRE SOBRE TODAS LAS ALMAS QUE TE ADORAN Y TE AMAN!

”

El Venerable P. Félix de Jesús Rougier, Fundador de Los Misioneros del Espíritu Santo, nos hace meditar en la unión entre la Maternidad Divina de María y la Eucaristía:

«Decir “María” y “Eucaristía” es recordar la unión íntima que existe entre los Corazones de Jesús y María después de la Ascensión de Jesús, durante los veinticinco años que María pasó aún sobre la tierra.

María asistía a la Santa Misa y comulgaba, y como nuestra Madre es también nuestro modelo, debemos considerar cuáles eran, en esos actos sagrados, las disposiciones íntimas de su alma, para imitarlas.

La Santísima Virgen debía inaugurar en la Iglesia el culto a la adorable Eu-



caristía. ¡Qué medio más eficaz para ese fin que la asistencia y la participación del Santo Sacrificio de la Misa!

¿Y quién debía dar el ejemplo sino María? ¿Quién podía comprender mejor ese Misterio? ¿Quién lo podía honrar con más fe y con más amor? María había asistido a los dos sacrificios por los cuales se abren la vida y la muerte del Señor.

Había llevado al Niño Jesús en sus brazos al Sacrificio de la mañana el día de la Presentación de Jesús en el Templo. Había ofrecido sus lágrimas con la sangre de su Hijo en el sacrificio de la tarde, al pie de la Cruz.

Asistir a la Misa era para Ella continuar con el mismo ministerio, era asistir todavía al divino Cordero en su última inmolación.

Como Madre de la Iglesia, en nombre de toda la Familia de Jesús, María ofrecía a Dios durante el Santo Sacrificio la Carne y la Sangre de su Hijo como lo había hecho en el Templo y en el Calvario.

Contemplemos a María oyendo la Santa Misa en el cenáculo de Jerusalén... ¡Con qué fe espera en el momento de la Consagra-

*ción la llegada de Jesús!
¡Con qué amor lo saluda!:*

“¿Ya has vuelto entre nosotros, mi amado Jesús? ¡Cómo eres fiel a todas tus promesas! ¡Nos dijiste que no nos dejarías huérfanos y que volverías a nosotros! Ya estás aquí cubierto con los velos de tu Sacramento, vienes a inmolarte en medio de tu familia amada.

Tu sacrificio de hoy nos trae una alegría muy pura, un consuelo sin mezcla de tristeza. Derramas tu Sangre y ningún verdugo te crucifica, te inmolas y no sufres estando ya glorificado. ¡Oh mi amado Hijo, he aquí a todos los hijos que me has dado desde lo alto de la Cruz! ¡He aquí a todos los que yo alimento con tu dulce recuerdo! ¡Bendice a tu Madre, bendice a tus hermanos, sea derramada tu sangre sobre todas las almas que te adoran y te aman!”.

Es muy legítimo, pues, representarnos a San Juan celebrando la Santa Misa en presencia de la Santísima Virgen en su casa de Sion.

La que había recibido en el establo de Belén al

Salvador del mundo era digna, más que nadie, de abrirle su casa cuando venía otra vez sobre la tierra y fue, sin duda, la primera preocupación de María y San Juan preparar en su casa un lugar escogido y un altar cuando fueron a vivir al Monte Sion.

María comulgaba todos los días porque sabía que Jesús había instituido la Santa Eucaristía para Ella, más que para todas las demás criaturas. Con este Sacramento, Jesús da a María el único consuelo capaz de calmar sus dolores. Jesús viene a su Corazón; María posee a Jesús como en los días en que ya lo poseía más íntimamente.

¡Qué consuelo para María! Ahora sí puede esperar la venida del Amado... María comulga como Madre de Jesús. Ha dado a Jesús su Cuerpo que le sirvió de instrumento para salvar al mundo; ahora que ese Cuerpo está sacramentado, María viene a recibirlo como un bien muy suyo.

Jesús, al venir a María por la Comunión, le devuelve, en una restitución llena de amor, todo lo que ha

recibido de Ella, su Carne divina, su Sangre preciosa. Así, la Eucaristía viene a ser la recompensa de la Maternidad de la Santísima Virgen.

Cuando María comulga en el Cenáculo, volvía a decir a Jesús el mismo Magnificat, y los ángeles aprendían de sus labios cómo se debe dar gracias a Dios, cómo se le han de tributar alabanzas dignas de su infinita Majestad.

¡Oh amados discípulos de María, cuando recibáis la Sagrada Comunión, que vuestra voz se una a la de María para cantar con Ella el Magnificat que es la mejor fórmula de acción de gracias, la más divina, la más a nuestro alcance, entre tantas otras que el mismo Espíritu Santo ha dictado al santo Rey David en los salmos!».

Sigamos el consejo de este sacerdote de Dios y, al comulgar, hagámoslo con el Corazón y los sentimientos de la Virgen, Madre de Dios. Y con Ella digamos: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador”.



“URGE QUE ÉL REINE...”

Beata María Inés Teresa del Santísimo Sacramento

La Beata Madre María Inés Teresa del Santísimo Sacramento (en el siglo, Manuela de Jesús Arias Espinosa), es la fundadora de las Congregaciones de Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento y de los Misioneros de Cristo para la Iglesia Universal. Fue un alma de Dios, eucarística y mariana, que además se preocupó por la santificación de los sacerdotes, aquellos que son los ministros y dispensadores de los misterios de Dios, y especialmente de la Santísima Eucaristía.

“

YO NO CONCIBO
UN SACERDOTE QUE
NO SEA UN ENAMO-
RADO DE MARÍA;
Y, CUANDO NO LO
SON, LES TENGO
LÁSTIMA. CREO QUE
NO PODRÁN EN-
FERVORIZAR A LAS
ALMAS CON FERVOR
DURADERO.

”

Nació en Ixtlán del Río, México, el 7 de julio de 1904. Fue la quinta de los ocho hijos de Eustaquio Arias y María Espinoza, quienes fueron de una vivencia espiritual profunda que dejó huella en su vida, todos los días en familia se leía y comentaba la Sagrada Escritura. Recibió el bautismo en la parroquia de Ixtlán del Río, a los dos días de nacer, recibiendo el nombre de Manuelita de Jesús. Con siete años comulgó por primera vez prometiendo a Jesús: “*Jesús mío, te amo con todo mi corazón, quiero ser toda tuya*”.

En 1924, se traslada a Guadalajara y recibe de su prima el libro de la vida de Santa Teresita, cuya lectura despertó en ella vivo deseo de santidad.

Durante la terrible persecución religiosa en México, el día de la fiesta de Cristo Rey, se consagró al amor misericordioso de Dios como víctima de holocausto. Ofreció su vida por la salvación de México y tomó la decisión de ingresar en la vida religiosa. Pudo hacerlo realidad el 7 de junio de 1929 al ingresar en el monasterio de Clarisas donde recibe el nombre de Sor María Inés Teresa del Santísimo Sacramento y que, a causa de la persecución religiosa, se encontraba expatriado en Los Ángeles, California.

En el año de 1933, se consagró al Señor emitiendo los votos perpetuos. Siete años después, siendo consejera del monasterio, expuso a la Madre abadesa sus inquietudes y deseos de fundar una congregación misionera. Todos los pasos para la fundación se fueron dando en la obediencia, en la paz y en la oración, aunque con grandes pruebas interiores para la Madre María Inés. Su congregación misionera fue finalmente aprobada el 12 de mayo de 1945, la Congregación de Misioneras Clarisas del Santísimo Sacramento. También fundó los misioneros seculares Van-Clar. Y en sus últimos años, el Instituto de Misioneros de Cristo para la Iglesia Universal.

Madre María Inés hizo de la oración y de la salvación de las almas su vida. *“Jesús mío, que todos te conozcan y te amen, es la única recompensa que pido”*. *“Si no es por la salvación de las almas, no vale la pena vivir”*- escribió.

La Eucaristía y María fueron el centro de su vida. Ante ellos, Madre Inés depositaba sus pruebas y sufrimientos al servicio de los intereses de Jesús. Cultivó además una ardiente devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Madre Inés quiso ser “madre de las almas”, y especialmente “madre de los sacerdotes”. Su vida consagrada tuvo este fin: *“Y ya que otro apostolado, como el de la predicación, la misión, etc., no me es dado ejercer, quiero aplicarme con más empeño a este apostolado oculto que, bien desempeñado, es el que fecundiza el apostolado visible del sacerdote”*.

Esta oración y oblación por los sacerdotes tiene una faceta muy mariana, intuyendo que la misión sacerdotal es de profunda relación con María, la Madre de Dios: *“Yo no concibo un sacerdote que no sea un enamorado de María; y, cuando no lo son, les tengo lástima. Creo que no podrán enfervorizar a las almas con fervor duradero. ¡Oh!, el sacerdote, más que ningún otro cristiano, necesita de esta tierna Madre porque, como ella, tiene que tener corazón materno para que no lo oprima y lo agobie el conocimiento de tanta miseria como él palpa, para que sepa llevar las almas a Jesús”*.

Se ofreció como víctima al amor misericordioso, según el modelo de Santa Teresita. Ofrecimiento con el matiz de esclavitud mariana, confianza filial en el Corazón ma-



terno de María Mediadora, anhelo de salvación de las almas y santificación de los sacerdotes. Madre Inés se propone conseguir, con la ayuda de María, *“grandes gracias de santificación para el sacerdocio”*, por medio de *“una vida toda de abnegación y de sacrificio”*. *“Todo lo que sufro quiero que sea por las almas; por la santificación de los sacerdotes”*.

En una carta a un seminarista, futuro misionero, escribe: *“Mientras, ruego a nuestro Señor y a la Santísima Virgen que siempre te guíen y ayuden para que vayas caminando por el camino que Él te ha trazado... Da gracias por este don tan grande de tu vocación al sacerdocio y a la práctica de los consejos evangélicos. Yo, por ti y contigo, ya las estoy dando, suplicando al mismo tiempo al Señor que continúe y fortalezca en tu alma la obra que ha comenzado”*.

El 11 de noviembre de 1958, S.S. Juan XXIII recibió en audiencia a Madre María Inés. En 1980, en el mes de julio, haciendo ya un gran esfuerzo, emprendió su último viaje, recorriendo las cuarenta y siete casas en los cinco continentes y confirmando por última vez el celo apostólico de sus hijas con su presencia, su ejemplo y su palabra. En 1980, bodas de Oro de su profesión religiosa, hizo la renovación de sus votos en manos de Su Santidad San Juan Pablo II. *“Os pido, Santísimo Padre, que en nombre de Cristo os dignéis aceptar totalmente la ofrenda de mi vida”*. En una tarde tranquila de verano, el 22 de julio de 1981, Madre María Inés Teresa Arias entregó su alma al Padre Eterno en un acto de amor, especialmente por los sacerdotes y la salvación de las almas.



El milagro de Faverney

Se trata de un milagro ocurrido en Francia, en Faverney. En el siglo XVII, el protestantismo y el calvinismo se difundieron en Francia a gran velocidad gracias a las ventajas materiales que concedían a los miembros de la nobleza y al clero católico. Esto ponía en grave riesgo la fe de muchos y creaba incertidumbre, incluso en el interior de los monasterios.

Así, corría el año 1608, época en que la Iglesia de Francia estaba sometida a los ataques de los calvinistas que, en ocasiones, llegaban a profanar la persona misma del Señor, presente en la Eucaristía, misterio que odiaban especialmente.

En la ciudad de Faverney, había una abadía fundada por San Gude en el siglo VIII y pertenecía a la Orden eclesiástica de San Benedicto. En este monasterio, los monjes acostumbraban a preparar cada año, la víspera de Pentecostés, una capilla adornada con sabanillas y otros lienzos sobre cuya mesa se elevaba un Tabernáculo donde había dos Hostias consagradas, puestas dentro de un viril de plata. En 1608, los monjes prepararon —como siempre— el altar para la adoración eucarística. Pero, como el espacio para la Sagrada Forma en la custodia era demasiado ancho, introdujeron dos. Concluidas la Vísperas, la custodia permaneció expuesta sobre el altar provisional.



La Sagrada Forma milagrosa se conserva hasta nuestros días y es venerada cada año por numerosos peregrinos.

El pueblo fiel homenajeó a Jesús Eucaristía, desagraviándole de las ofensas de los protestantes calvinistas y, llegada la noche, todo el mundo se recogió y se cerraron las puertas de la iglesia, quedando en el altar de la capilla dos velas encendidas. Y, seguramente, las chispas de ellas cayendo sobre los adornos y prendieron el fuego.

Pronto se esparció por todo el templo una espesa humareda. Las llamas devoraron ornamentos, manteles, tarimas y Tabernáculos. Todo quedó reducido a cenizas y ascuas.

Al día siguiente, cuando el sacristán abrió la iglesia y la encontró llena de humo y el altar reducido a cenizas, gritando, llamó a los religiosos quienes se dirigieron junto con otras personas al lugar del incidente. Inmediatamente, comenzaron a remover los restos con la esperanza de encontrar la Custodia.

Los religiosos lloraban de tristeza cuando constataron una maravillosa realidad: sobre aquel montón de cenizas ardientes vieron el viril, es decir, la caja de cristal que encierra la Forma consagrada que se coloca en la Custodia, milagrosamente suspendido en medio de la iglesia. Sí, el viril estaba suspendido en el aire.

Al momento se propagó por la villa la noticia del prodigio y acudieron al monasterio muchísimas personas de Faverney, y de los lugares inmediatos, para contemplar el milagro eucarístico. Ante la inmensa multitud, el viril continuó suspendido en el aire durante treinta y tres horas.

De la misma manera que los fieles, varios escépticos del lugar se acercaron en silencio para examinar el hecho. A lo largo del día y durante la noche, los monjes no establecieron ninguna restricción, y los espectadores pudieron visitar la Iglesia libremente y dar testimonio del notable fenómeno.

Mientras tanto, los religiosos no sabían qué decisión tomar y resolvieron pedir consejo a los frailes capuchinos de Vesoul. Estos prepararon inmediatamente un nuevo altar sobre el que había sido quemado, y allí celebraron la Santa Misa. Era la mañana del martes, el 27 de mayo. En el momento de la elevación de la Hostia, las Hostias del milagro comenzó a descender lentamente hasta posarse sobre un corporal que habían puesto en el altar.

De esta manera quiso la Providencia divina preservar a los católicos fieles de los errores calvinistas y corroborarlos más y más en la religión católica, mostrándoles, por medio de un asombroso prodigio, la verdad de todo cuanto la Iglesia nos enseña acerca de la presencia real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

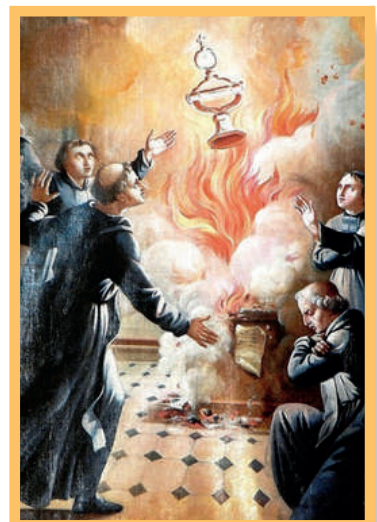
El 10 de julio se concluyó el proceso canónico en el que el arzobispo de Besançon declaraba la autenticidad del Milagro Eucarístico. El 13 de septiembre, el arzobispo de Rodi, nuncio de Bruxelles, llevó la noticia al Papa Pablo V, quien concedió la Bula de indulgencia. Como consecuencia del milagro, la fe de muchos volvió a encenderse. En 1862, la Congrega-

ción de los ritos autorizó la celebración del milagro. En 1908 fue conmemorado solemnemente los trescientos años del milagro.

Durante la Revolución francesa, desgraciadamente, el Ostensorio del milagro fue destruido, pero la Hostia Consagrada fue conservada de cualquier daño por miembros del consejo municipal de Faverney que la mantuvieron escondida hasta pasar el peligro.

Entonces, hicieron otro magnífico Ostensorio donde fue colocada la Sagrada Hostia del milagro. Dentro de este nuevo Ostensorio la Hostia Sagrada se encuentra en perfecto estado de conservación y disponible a la adoración de los fieles en la Iglesia de Nuestra Señora de La Blanche (La Blanca), en Faverney, hasta el día de hoy.

Una vez más Jesús obró un milagro para proteger la fe de sus hijos. Tal vez hoy no contemplemos una custodia volar en nuestras iglesias, pero ¿es que acaso no es el mayor milagro la presencia de Jesús en la Eucaristía?





«Siendo Dios omnipotente, no podía dar más; siendo muy sabio, no supo dar más; y siendo muy rico, no tenía nada más para dar». (San Agustín)

Reinado de María

www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

📻 NSEradio 🌐 www.nseradio.com 📺 www.nsetv.com



nstvradio
ejercito blanco

@nseradio
@nsetv

nseradio
nsetv